

CLAIRE MESSUD

La niña en llamas

Traducción de
Amelia Pérez de Villar

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Título de la edición original: *The Burning Girl*
Traducción del inglés: Amelia Pérez de Villar Herranz

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2018

© Claire Messud, 2017
Reservados todos los derechos
© de la traducción: Amelia Pérez de Villar, 2018
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B. 20758-2018
ISBN: 978-84-17355-53-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Para Livia, Lucian y James
En recuerdo de C. H.*

Amor es el niño firme sobre la cubierta en llamas
intentando recitar «El niño firme
sobre la cubierta en llamas». Amor es el hijo
en pie de expresión balbuciente,
mientras el pobre barco en llamas se hunde.

...Y Amor es el niño en llamas.¹

ELIZABETH BISHOP,
«Casabianca»

1. Poema «Casabianca» de Elizabeth Bishop en traducción de Jeannette L. Clariend. Publicado en Editorial Vaso Roto, Madrid, 2016.

Primera parte

Cualquiera podría pensar que ya no me importa. Las Burnes se mudaron hace tiempo ya. Han pasado dos años. Pero sigo sin poder tumbarme al sol en las rocas que rodean la poza de la cantera, sin poder meter los pies en el agua helada y transparente ni oír cantar a las demás sin recordar, constantemente, que Cassie se ha ido. Y entonces quiero decir algo... pero no puedo, claro. Es como si Cassie nunca hubiera existido.

Así que nunca voy hasta allí, eso por descontado. Normalmente acabo volviendo derecha a casa, dejo tirada la bici en el patio de atrás con las ruedas aún girando y doy un portazo tan fuerte a la mosquitera que mi madre se asusta y empieza a merodear por la cocina, mirándome con los ojos llenos de significados que voy desgranando uno por uno: amor, temor, frustración, decepción. Amor sobre todo. Normalmente sólo dice una palabra –«¿Sedienta?»– con signo de interrogación, y esa palabra hace de puente, desde allí hasta aquí: porque yo respondo «Sip» o «Nop» y entonces me sirve un vaso de agua de la jarra que guarda en la nevera, o no. Pero ese es el punto de partida. Y desde ahí, avanzamos.

Así pasan los días y seguirán pasando –la propia Cassie solía decir «todo es cuestión de tiempo, y el tiempo pasa»– y llegaremos al fin de este verano como llegamos al fin del anterior, como pasamos por todo lo que sucedió hace ya más de dos años. Cada día que transcurre pone cierta distancia entre el ahora y el entonces, así que puedo creer –tengo que creer– que llegará el momento en que mire atrás y ese «entonces» será sólo una mota en el horizonte.

La historia varía según el lugar donde comience: quién es bueno, quién es malo, qué significa todo eso. Todos moldeamos

nuestras historias para que tenga algún sentido ser quienes creemos que somos. Puedo empezar hablando de cuando Cassie era mi mejor amiga, o puedo empezar a contar la historia cuando ya no lo era. O puedo empezar por lo más oscuro del final, y comenzar a contarla hacia atrás.

Pero no puedo empezar a contarla «antes»: Cassie y yo nos conocimos en el jardín de infancia, así que no recuerdo los tiempos en los que no la conocía, en los que no detectaba su pelo liso, rubio blanco, entre una multitud y sabía exactamente en qué parte de la habitación estaba. Tiempos en los que pensaba en ella como algo mío, en cierto sentido. Cassie era diminuta, tenía los huesos como los de un pájaro. Siempre fue la niña más pequeña de la clase: su tobillo abultaba lo mismo que mi muñeca. Tenía el pelo de un rubio casi blanco, reluciente, tan claro que parecía albina. Y la piel translúcida, un poco rosa. Pero que nadie se crea que su tamaño y palidez eran síntoma de fragilidad. Si uno la miraba a los ojos, aún azules –aunque se volvían grises cuando hacía mal tiempo, como el agua de la poza de la cantera– no había duda de lo dura que era. Fuerte, más bien: es un término más adecuado. Claro que al final no lo fue bastante, pero hasta cuando éramos pequeñas tenía algo, no sé... un pronto así como «¡Qué demonios! No soy una cobardica, ¿y tú?».

Según mi madre –y según Bev, la madre de Cassie– Cassie y yo nos hicimos amigas a la segunda semana de estar en la guardería. Teníamos cuatro años. Esa siempre fue la historia, aunque yo no pueda ya distinguir si la recuerdo así o si me inventé el recuerdo a fuerza de oírla contar tantas veces. Yo estaba jugando con un grupo de niños en la arena y Cassie de pie, en mitad del patio donde jugábamos, con los brazos caídos como un zombie, mirando a todas partes. No parecía nerviosa, pero sí al margen de todo. Dejé a mis amigos y me fui hacia ella; la agarré de un brazo y le dije –eso me han contado–: «Eh, ¿quieres venir a hacer un castillo de arena conmigo?». Y ella sonrió de aquella manera suya tan poco habitual: una sonrisa amplia que se hizo famosa y que aumentó su fama cuando Georgia Jagger puso de moda los dientes separados. Cassie fue conmigo hasta el arenero y, como siempre dijo mi madre, «Así empezó todo».

Cuando uno está en el jardín de infancia no piensa mucho las cosas. Ambas éramos hijas únicas y decíamos de la otra que era la hermana que nunca tuvimos. Nadie pensaría que éramos familia: yo estaba alta y grande para mi edad y Cassie era menuda. Yo, además, tengo el pelo rizado y oscuro. Pero ambas teníamos los ojos azules.

–Mira nuestros ojos –nos decíamos una a la otra–. Somos hermanas secretas.

Yo conocía su casa y su dormitorio tan bien como los míos. Cassie vivía con su madre en una carretera sin salida junto a la Ruta 29, a la entrada del pueblo, en una barriada nueva que habían construido en los noventa, cuando la economía iba bien. Por fuera, era una casita típica, perfecta, que parecía que alguien hubiera cogido de otra parte para dejarla en esa modesta parcela: blanca, con persianas rojas, ventanas de mansarda y un tejado oscuro y muy inclinado, con una breve tira de césped bien cuidado en la parte delantera que con los años se fue llenando de hierbajos, hasta que hubo más maleza y más tréboles que césped. Tenía una cerca de madera blanca muy graciosa en forma de U, con una puerta en el sendero de entrada. Podría decirse que era una valla ornamental, porque no rodeaba toda la casa. Al otro lado de la valla, detrás de la casa, la naturaleza crecía descontrolada, sin adulterar: flor de zanahoria y pimpollos de arce, acacias impacientes y saúcos que apuntaban al cielo. Pasada esta primera muestra de naturaleza exuberante, a menos de seis metros de la fachada posterior de la casa, los oscuros bosques del noreste nos recordaban siempre que los árboles y los halcones y los ciervos y los osos –una vez vimos una madre osa con sus cachorros, caminando por el asfalto en dirección al fondo del callejón sin salida, donde estaban los cubos de basura– llevaban allí mucho tiempo antes de que aparecieran los humanos y se quedarían, sin duda, mucho tiempo después.

La palabra que me viene a la memoria es «invasor». Tenía la sensación de que el bosque invadía la propiedad de las Burnes, aunque lo cierto es que era justo al revés: los constructores habían convertido a los humanos en invasores de la naturaleza. Había casas a ambos lados de la de las Burnes, casas mayores

que la suya, chapadas con plancha de cedro en lugar de blancas y rodeadas de enormes arbustos hambrientos. La familia que vivía a un lado, los Aucoin, tenía dos pastores alemanes que solían estar fuera y que nos aterrorizaban cuando éramos pequeñas. Cassie siempre sostuvo que a un huésped de los Aucoin le había mordido *Lottie*, la perra, en el trasero y le había dejado un agujero. Pero ahora me doy cuenta de que no podía ser cierto, porque entonces los Aucoin habrían tenido que sacrificar a *Lottie*. A Cassie le gustaba que una historia fuera buena, y poco le importaba que fuese verdad o no.

Bev, la madre de Cassie, era enfermera, aunque no tenía trabajo fijo en un hospital. Trabajaba en atención domiciliaria y todos los días iba en su Honda Civic de color vino, cargado hasta los topes de expedientes y equipamiento sanitario, por las casas de los moribundos: trataba de que estuvieran bien, en la medida de lo posible. Mi padre, que no es religioso –y que no iba a la iglesia ni siquiera en Navidad, con mi madre y conmigo– decía que Bev hacía «el trabajo de Dios».

Bev siempre estaba animada –o casi siempre, salvo cuando no lo estaba– y hacía su trabajo con naturalidad. Devota cristiana, no lloriqueaba cuando se morían sus pacientes –ella decía que «fallecían»– y hablaba como si les estuviera ayudando a prepararse para un viaje misterioso pero seguramente increíble, y no para ocupar un agujero en el suelo.

Bev tenía unos pechos enormes y blandos, y un trasero amplio. Se vestía con faldas largas y vaporosas, estampadas, que hacían un remolino al andar. Sólo sus manos y sus pies menudos, delicados, me recordaban a Cassie. Las manos eran lo que más enorgullecía a Bev. Siempre llevaba las uñas cuidadas, recortadas en óvalo, limadas, con una manicura perfecta y pintadas en preciosos colores pastel. Eso y su pelo, una nube de color miel con un aroma dulce. Cuando abrazabas a Bev, podías olerlo.

Mi madre no se parecía en nada a Bev, igual que mi casa no se parecía en nada a la de Cassie. Y yo tengo padre, así que en ese sentido siempre hemos sido diferentes. Durante mucho tiempo a Cassie le gustaba estar en nuestra casa porque allí sí podía

imaginar de verdad que éramos hermanas secretas y mi familia era también su familia.

Mis padres se mudaron a Royston poco después de que mi padre terminara los estudios, antes de que yo naciera. Cuando vinieron a vivir a esta casa les debió parecer enorme, como un castillo. Una construcción victoriana toda desvencijada de ciento cincuenta años de antigüedad, con cinco habitaciones y un porche alrededor, y con otro edificio detrás donde antes habían estado los establos. No era una casa encantadora, sólo vieja. La cocina es más vieja que mi madre: una cocina de los años cincuenta con armarios blancos que no cierran bien y suelo de linóleo de damero blanco y negro. Y el horno, cuando empieza a funcionar, suena como un barco de cruceros.

Mi padre es dentista y tiene la consulta en el establo. En el césped, que ocupa una gran extensión, hay una tablilla en forma de escudo que reza: DR. RICHARD ROBINSON, DENTISTA, CIRUJANO MAXILOFACIAL en letras mayúsculas pintadas de negro. Cuando hace aire, cruje. Cuando mi padre va a trabajar tiene que caminar unos treinta metros, saliendo por la puerta trasera. Y cuando a alguien le duelen las muelas a las diez de la noche sabe dónde encontrarle. Tracy Mann, la higienista, viene los lunes, miércoles y viernes; la ayudante de papá, Anne Boudreaux ha estado allí todos los días de la semana desde que tengo memoria. Tiene más o menos la edad de mis padres pero parece mayor, quizás porque siempre lleva mucho maquillaje. Tiene un lunar oscuro en el labio superior, como Marilyn Monroe, pero en Anne no resulta lo que se dice sexy.

Mi madre es periodista y trabaja por su cuenta, que es una forma muy vaga de decir que puede ser periodista siempre que le conviene. Escribe críticas gastronómicas y de cine para la *Essex County Gazette* y durante los últimos años ha llevado un blog literario que tiene algunos seguidores: entre ellos, el alumno de una clase de inglés para adultos de Tokio que escribe siempre comentarios muy corteses. La tercera planta de nuestra casa es su despacho: le hizo la reforma el padre de mi amiga Karen cuando estábamos en primero. Karen se mudó a Mineápolis cuando teníamos nueve años.

Mi habitación está junto al cuarto de baño de la planta de en medio y da a un lateral de la casa, con vistas a la propiedad de los Saghafi: hace unos veranos pusieron una piscina portátil y oigo a los niños chapotear toda la temporada. En cuanto hace buen tiempo, lo suficiente para tener abierta de par en par la ventana de mi cuarto, ya están ahí. Los Saghafi nos dijeron que pasáramos a bañarnos siempre que quisiéramos, pero yo ya he dejado de ir: los chicos son muchísimo más pequeños que yo y están siempre en el agua.

Sin embargo, el primer verano que la tuvieron sí que fui. Mi padre dijo que la piscina era «un mazacote que hacía daño a la vista», y mi madre le respondió: «Deja a la gente que se divierta». Y a mí me dijo que debería aceptar la invitación, porque si no lo hacía le pareceríamos unos estirados. Así que aquel verano fui casi todos los días, con Cassie. Era el verano anterior a séptimo y yo acababa de cumplir doce años. Los niños Saghafi eran demasiado pequeños aún para nadar sin que estuviera su madre, así que en aquella época no pasaban tanto tiempo en la piscina. Cassie y yo pasamos tardes enteras allí, nadando, tomando el sol y hablando, nadando, tomando el sol y hablando un poco más, con gran deliberación, como si nos estuviéramos ajustando a los dictados de una receta de cocina complicada.

Si pudiera retornar a aquellos días lo escribiría todo: los secretos que nos contábamos una a otra, los planes que hacíamos. Las canciones que escuchábamos, incluso, cuando subíamos el volumen de su iPod para que sonara chirriante, como un aparato de radio. Escuchábamos *California Gurls* de Katy Perry y aquella canción tan pegadiza que hicieron famosa Rihanna y Eminem, que cuando escuchabas la letra resultaba un poco espeluznante... «Quédate ahí y mira cómo ardo...» Mi madre cambiaba de emisora siempre que sonaba en la radio del coche. Meneaba la cabeza y decía: «Lo siento, chicas, pero como feminista que soy, me niego a esto».

Fue el verano de mi bikini de barras y estrellas –estrellas arriba, barras abajo– y me causaba un gran orgullo que cuando estaba tumbada boca arriba la pieza delantera se estirase formando una hondonada entre las caderas, donde yo tenía el estómago,

y me permitía ver el vello rizado que tenía entre las piernas y que era nuevo en aquel lugar. Cassie, con lo clara que tenía la piel, tenía que ponerse una tonelada de protector solar, e incluso así se quemaba allí donde lo hubiera pasado por alto. Recuerdo la noche que se quedó a dormir; se había quemado y la parte posterior de los muslos, cerca de las corvas, estaba casi morada. Mi madre tuvo que empapar unos paños en vinagre y ponérselos encima de las quemaduras para sacar el calor. La primera vez que le puso el paño Cassie lanzó un alarido, pero no lloró. Cassie no lloraba casi nunca.

Ese mismo verano trabajamos como voluntarias en el refugio de animales que hay al salir del pueblo, en la Ruta 29, y adoptamos un gatito cada una. Eran dos gatitas hermanas –procedían de la misma camada– y tan pequeñas que cabían en el hueco de la mano. Tenían unos dientes diminutos y garras opalescentes que se clavaban palpitando en los vaqueros cuando nos las poníamos en el regazo; pero no hacían daño. Cassie llamó a la suya *Electra*, y yo a la mía *Xena*: por la princesa guerrera, pero también porque sonaba bien junto a *Electra*. Ahora *Xena* es una bola de pelo gordita y plácida que está llegando a la cúspide de la madurez y su naturaleza guerrera se reduce a perseguir pájaros y ratones cuando está oscuro; suele traernos alguna ofrenda ocasional, toda machacada, que deposita en el suelo de la cocina, como si fuéramos a prepararla para el desayuno... Pero al cabo de un año *Electra*, aún pequeña, desapareció en la noche.

Era una aventurera. Desde primera hora de la mañana salía a merodear por el bosque que hay detrás de la casa de Cassie. Y poco después de que Anders Shute se fuera a vivir a casa de las Burnes hubo un día que *Electra* no volvió a casa, sencillamente. Si la hubiera atropellado un coche en la Ruta 29 habríamos encontrado su cadáver. Nos preguntamos si la habría secuestrado alguien, o si la habría cazado un halcón o si su esqueleto diminuto estaría en algún lugar, entre las hojas que se pudren en el Bosque Invasor. A Cassie le gustaba imaginar que *Electra* se había ido a vivir con otra familia, quizás a dos o tres kilómetros de distancia, calle abajo, y que estaba feliz devorando su atún en un cuenco de plata: una vida nueva, mejor.

–Si tienes que imaginarte algo, ¿por qué imaginar que es malo? –solía decir.

Yo era la única que estaba segura de que estaría muerta.

Aquel verano las dos quisimos ser veterinarias, entre otras cosas. Yo iba a ser veterinaria, estrella del pop y escritora, aunque a veces pensaba que escribir canciones pop no estaría tan mal... Así que podía ser sólo veterinaria y estrella del pop. Cassie quería ser veterinaria, actriz y estilista de moda. Nos pasábamos la vida hojeando *Tiger Beat*: mi madre me había suscrito por mi interés en la música y porque ella misma había estado suscrita de joven. A mí me interesaban los grupos y cómo sonaban, mientras Cassie valoraba más el aspecto que tenían. Su madre le había contado que había gente en Hollywood y en Nueva York que se ganaba la vida eligiendo la ropa que se ponían los famosos. Bev no dijo nunca que aquello fuera bueno... era más bien algo así como «¡Vivimos en un mundo tan desquiciado que hay quien piensa que es una manera aceptable de vivir!». Pero Cassie no se lo tomó así. A ella le encantaba la moda. Nos rezagábamos en la sección de maquillaje de Rite Aid, donde ella probaba todas las sombras de ojos en el dorso de la mano. Y yo hacía como que me divertía porque veía cuánto disfrutaba. Cassie opinaba que Lady Gaga no molaba por sus canciones, sino por su sentido de la moda: aquellos zapatos tan locos, aquel vestido hecho de carne... Y claro, también porque Lady Gaga es lo más apartado de Bev Burnes que uno puede encontrar.

A Bev le parecía bien que quisiéramos ser veterinarias, y nos animaba. Fue ella quien se dirigió a mi madre para decirle que si se repartían los trayectos, no supondría un engorro el que trabajáramos en el refugio. A mi madre le pareció bien, porque nos prepararía para asumir «responsabilidades de adultas».

–Yo trabajé de voluntaria en el hospital en Filadelfia cuando era joven. –Nos contó que llamaban «*candy striper*s»¹ a los voluntarios porque llevaban unas batas de rayas blancas y rojas–.

1. *Candy striper*: bastón de caramelo. Es el nombre que reciben los voluntarios de las instituciones sanitarias debido a su uniforme de rayas rojas y blancas, que les distingue del personal médico.

Tenía que llevar a los pacientes en sillas de ruedas de un lado a otro del hospital: de la habitación a las sala de rayos, o de Urgencias a la habitación. O a Rehabilitación. A veces, incluso a la peluquería. Había una anciana que cada vez que me veía empezaba a dar palmas y a gritar «¡Mi niña! ¡Mi niña!».

Nos contó que una vez dobló una esquina con demasiados bríos e hizo chocar la pierna de la paciente a la que llevaba, estirada y escayolada, contra una pared. A pesar del paso de los años era incapaz de contener una risita cuando lo contaba:

–Debió de dolerle muchísimo, según gritaba.

Supongo que cuidar animales le parecía menos arriesgado para nosotras, al tiempo que era una actividad marcada por el espíritu del servicio. Bev y mi madre le daban mucha importancia al «servicio» y a «retornar lo que la vida nos ha dado», expresiones con las que pretendían recordarnos lo afortunadas que éramos.

La de Royston no es una población rica, a pesar de que la planta de Henkel no está muy lejos de allí y de que otras ciudades de los alrededores, como Newburyport e Ipswich, están cerca del mar y atraen a los ricos, sobre todo en verano. Si en Boston, por ejemplo, los Robinson somos del montón, en Royston somos unos privilegiados. Hasta Bev y Cassie eran privilegiadas, a su humilde manera.

El refugio era un edificio de una planta construido con bloques de hormigón, una mezcla de perrera y clínica veterinaria. La sala principal, con aire acondicionado, tenía unas sillas de plástico azul marino colocadas sobre el suelo de linóleo como en una sala de espera, y un mostrador alto detrás del cual se sentaban un par de empleados fijos con sus ordenadores y sus fichas. Olía todo a tiritas y siempre hacía frío, como en una cámara frigorífica. De las paredes, pintadas de color parduzco, colgaban carteles que recordaban la importancia de cuidar a los animales y vacunarlos («Gusano del corazón: un asesino que nos romperá el corazón»; «Cómo afecta la enfermedad de Lyme a tu mascota») y en un lado de la sala habían colocado un tablón de anuncios enorme, lleno de fotografías de perros y gatos con sus nuevos dueños.

Marj, la encargada –una mujer pequeña, fibrosa y de piel oscura– tenía el pelo cano y corto (parecía que se lo cortaba ella) y una voz chirriante. Llevaba siempre camisetas de tirantes que dejaban a la vista sus brazos musculosos: debajo, casi a la altura del ombligo, le colgaban las tetas de vieja, planas y desparramadas. Cassie y yo nos habíamos imaginado ya siendo veterinarias, ataviadas con unas batas blancas muy profesionales y elegantes y con zapatos de tacón bajo que sonaban al andar. Y aunque Marj no era veterinaria (cuando hacía falta un veterinario venía de Haverhill el doctor Murphy, barbudo y campechano, con la barriga aprisionada por la bata blanca), para nosotras simbolizaba una forma de estar en el mundo: hacía lo que hacía porque le encantaba, y no le importaba lo que pensarán los demás.

Marj adoraba a aquellos animales. Sus manos de cuero estaban llenas de venas salientes, pero cuando tocaba a *Stinky*, el pobre carlino tuerto que andaba tambaleándose, era muy tierna. Y cuando cogía en brazos a una gata asustadiza como era *Loulou*, y se la acercaba a aquel pecho liberado, la gata abría mucho los ojos, se estiraba y emitía aquel ronroneo grave y motorizado de placer felino. Marj tenía muy buena mano con los pitbull y otros perros con cruce de pitbull, sobre todo, de los que llegaban muchos al refugio. A la mayoría de la gente le daban miedo, aunque sólo fuera un poco, y a Cassie y a mí se nos consideraba demasiado jóvenes para atenderlos. Pero Marj se acercaba a ellos como si fueran amigos con los que uno se reencuentra después de mucho tiempo: les hablaba en un murmullo, con cautela pero firme. La llamaban «La mujer que susurraba a los pitbull», aunque su táctica no siempre funcionaba. Tenía cicatrices que lo demostraban.

Al refugio se entraba por una pesada puerta metálica que había junto al mostrador de administración. Estaba primero el refugio de gatos, también con aire acondicionado pero no tan frío: una habitación amplia con jaulas de suelo a techo de un metro veinte por un metro veinte, en las que gatos de todas las formas, tamaños y colores dormitaban o se lamían o paseaban en medio de aquella atmósfera pesada de amoníaco, cama de gato y antiséptico suave. Alguna vez se veía a un conejo retozan-

do en un rincón y, en una ocasión, hubo incluso un hurón –se llamaba *Fred*– que recorría la jaula a toda velocidad, como si llegara tarde a una cita.

Pero incluso desde allí dentro se oía ladrar a los perros que estaban al otro lado de la pared. Nunca dejaban de ladrar: era una eterna discordancia que el eco reproducía. Los perros tenían mucha importancia en el refugio. Al entrar a la perrera se accedía a un mundo de sonido y calor y movimiento: el aire pegajoso del verano era una bofetada, el ruido que estallaba de pronto resultaba frenético, aunque en verano abrieran los laterales de las jaulas para que corriera el aire. Cuando sonaba un cerrojo los perros iban corriendo hacia la alambrada que recorría el edificio en toda su longitud. Había dos o tres perros por jaula: muchos eran animales huidos o abandonados que habían recogido o que sus dueños habían dejado allí por no poder hacerse cargo. Los perrillos viejitos venían porque sus dueños habían muerto o enfermado o se habían ido a vivir a alguna residencia donde no aceptaban perros. Era muy difícil encontrar un hogar para estos últimos. *Stinky* era uno de ellos. Y *Elsie*, una shih tzu ya mayor y con problemas de incontinencia. O *Fritzl*, un teckel sordo y con lordosis que no paraba de ladrar. Todos esos perros vivían cerca de la puerta de metal. Luego estaban los jóvenes saltarines, de gran tamaño, de raza mestiza y con hermosas caras de perro: eran perros con ganas de moverse de un lado a otro. Y por último, en la zona más alejada de la entrada, estaban los pitbulls y similares, con sus potentes mandíbulas y su pelo suave y tupido: había uno o dos tan amenazadores que tuvieron que ponerles un bozal.

Cassie y yo íbamos al refugio dos mañanas por semana, de nueve a una. Nuestra tarea era dar de comer a los animales y limpiar las jaulas. Llevábamos botas y guantes de goma y acabamos por habituarnos a los olores. Nos parecía un triunfo que un perro asustadizo se acostumbrara a nosotras y, en lugar de acobardarse, avanzara poco a poco en nuestra dirección y agachara la cabeza o se pusiera boca arriba para dejarse acariciar. Los perros eran buenos casi todos: sólo buscaban cariño y, cuando se sentían queridos, te pagaban en la misma moneda.

Teníamos nuestros favoritos: el mío, un mestizo de labrador de color chocolate brillante que se llamaba *Delsey* con los ojos oscuros y una cabeza angulosa y oscura que parecía cincelada; era poco más que un cachorro y se movía como si su tamaño siguiera sorprendiéndole. Aunque tenía una mirada sombría era de carácter alegre: nada le gustaba más que jugar a coger una pelota de tenis o un palo en la pista que tenían para correr. Traía su presa llena de babas y se veía claramente cómo se debatía entre soltarla o no, calibrando la satisfacción de quedarse con el premio frente a la de soltarlo y volver a correr tras él. A veces salía corriendo sin soltarlo, con la cabeza alta y la cola levantada, y recorría la pista como un atleta que corre la vuelta de la victoria.

La favorita de Cassie era *Sheba*, una perra con cruce de pitbull. Nos permitían darle de comer pero no podíamos entrar en su jaula sin Marj: no por *Sheba*, que tenía una carita atigrada con expresión casi sonriente y que meneaba la cola mocha cada vez que nos veía acercarnos, sino porque su compañero de jaula era un bull negro muy gruñón, *Leo*, que no sólo no recogía los palos: los mordisqueaba y los dejaba reducidos a astillas en cuanto tenía ocasión.

A Cassie le gustaba *Sheba* porque era hermosa pero dura: una superviviente. Parece ser que la habían encontrado esquelética y desnutrida en un corral abierto, al lado de una casa-remolque abandonada en el bosque, a unos dieciséis kilómetros. Los dueños se habían largado –Cassie y yo inventamos muchas historias distintas sobre lo que les había sucedido– y un par de cazadores la oyeron aullar. Llamaron al Centro de Protección Animal para que fueran a rescatarla. Cassie había preguntado a su madre si podían adoptar a *Sheba*, pero Bev se había negado en rotundo diciendo que ellas no podían hacerse cargo de un perro, sobre todo de un perro como *Sheba*, que no sería fácil de cuidar después de todo lo que había pasado. *Sheba* necesitaba una familia que pudiera pasar mucho tiempo con ella, mimarla y hacer que se sintiera querida.

A Cassie le gustaba actuar como si *Sheba* fuera su perro, y no parecía que hubiera ningún mal en ello. Al principio, una maña-

na que *Leo* estaba fuera de su jaula, Cassie abrió el cerrojo y entró. *Sheba* se quedó en éxtasis, empezó a gimotear y a retorcerse y, cuando Cassie se sentó con las piernas cruzadas sobre el suelo de hormigón, *Sheba* fue corriendo hacia ella para que la acariciara. Abrió mucho los ojos y empezó a retozar, dejando a la vista el vientre y las tetas, diminutas e inútiles, y Cassie empezó a frotarla vigorosamente. Y fue entonces cuando ambas, excitadas, empezaron a emitir gemidos de placer.

Yo me quedé agazapada en el pasillo, con la mirada fija en la puerta de metal: si la pillaban, seguro que nos echaban y nos mandaban a casa a las dos.

Pero cuando la llamé, en voz baja («Eh, Cassie, date prisa... ¡sal de ahí, creo que viene alguien!») primero no me hizo caso y luego se enfadó.

—¿Qué pasa contigo, Juju? ¿No hemos venido aquí para hacerles la vida mejor? Mira, le encanta a mi *Sheba*... ¿verdad que sí, cariñito?

No la pillaron... no nos pillaron. Cuando llegaron Nancy y Jo, las de administración, con unos posibles adoptantes, ya estábamos en la otra punta. Cassie estaba aclarando con agua la jaula de *Stinky* mientras yo tenía en brazos a la pequeña carlino. Pero Cassie ya había sentido un precedente: a raíz de aquello siempre estaba buscando la ocasión de entrar en la jaula de *Sheba*, como si *Sheba* fuese su novio malote.

Un jueves de principios de agosto, cuando llevábamos casi dos meses trabajando en el refugio y nos sentíamos tan de casa como si fuéramos piezas de mobiliario (y los animales también nos percibían así), estaba *Leo* corriendo por la pista, tomando un poco el aire... si es que se podía llamar así a la humedad bochornosa de aquel día. Estaba solo: no había más perros ni tampoco humano alguno echando una mirada, y Marj había ido a atender una llamada telefónica del proveedor de comida para perros porque el día anterior se habían equivocado con el pedido.

—Vigilad esto, chicas —nos dijo—. Enseguida vuelvo.

En cuando Marj cerró la puerta metálica Cassie fue corriendo a hacer una visita a *Sheba*. Llevaba en el bolsillo un morde-

dor de cuero que se había traído de casa y que había comprado con su propio dinero. Los mordedores de cuero no estaban permitidos, porque se le podían quedar al perro atascados en la garganta, asfixiándole. Pero a Cassie le importó poco. Ya había llevado a *Sheba* uno en un par de ocasiones, y sabía que le gustaban tanto que era capaz de roerlo por completo en menos de tres minutos. Igual que las otras veces, Cassie deslizó el cerrojo y se metió en la jaula con el juguete en la mano, que enarbolaba como si fuera un premio. Eso también lo había hecho antes. *Sheba* era juguetona, no era agresiva por naturaleza. Cómo íbamos a pensar...

No vi lo que pasó después. Tenía los ojos puestos en la puerta de metal, esperando que llegara Marj. No estaba pensando en Cassie y en *Sheba*. Y desde luego no estaba pensando en *Leo*.

Porque la puerta que separaba su jaula del exterior parecía cerrada, y a ninguna se nos ocurrió comprobar si estaba echado el cerrojo. ¿Qué probabilidades había de que *Leo* se cansara, justo en ese momento, de dar vueltas él solo a la pista de los perros y decidiera volver a casa y abrir la puerta, empujando con el hocico? Pero lo hizo. De alguna manera, lo hizo en el breve instante en que Cassie tuvo el mordedor en la mano.

Leo saltó para atraparlo, con las fauces abiertas y las patas levantadas. Agarró la mano izquierda de Cassie y le desgarró la parte interna del antebrazo. Gracias a Dios, tenía el mordedor para distraerle. Gracias a Dios. Ella soltó apenas un gemido, pero los gruñidos de *Leo* y los ladridos, fuertes y desesperados, de *Sheba* –ningún sonido, sin embargo, que emitiera la propia Cassie– me hicieron dirigir la mirada hacia donde estaban. Si no llego a sacarla de aquella jaula a la rastra, de cualquier manera, y cerrar rápidamente la puerta, no sé qué hubiera pasado.

Parecía que había metido el brazo en una astilladora. Tenía toda la piel medio arrancada, colgando en tiras, desde la muñeca hasta el codo. La sangre salía tan deprisa que caía al suelo.

–¿Puedes mover los dedos? –le pregunté: eso era lo que me preguntaba mi madre cuando yo me hacía daño–. ¿Puedes mover la muñeca? ¿Te duele mucho? ¿Es muy grave?

–¡Cómo coño voy a saberlo!

Se dejó caer contra la alambrada de la jaula de enfrente, detrás de la cual un pitbull artrítico con un bozal blanco, llamado Opie, contemplaba la escena con curiosidad.

–No sé ni siquiera si me duele.

–Joder, joder, joder –fue lo único que atiné a decir.

Mi madre siempre dice que las palabrotas son síntoma de una carencia de vocabulario y una imaginación pobre, pero en este caso aquella me parecía la única palabra adecuada. Me agaché a mirar de cerca la mano destrozada de Cassie, como si fuera a tocarla. Pero se había convertido en una cosa informe que palpitaba y sangraba, y no fui capaz. De lo único que era remotamente consciente era de que *Leo* y *Sheba* se estaban gruñendo el uno al otro en aquella jaula que teníamos al lado. Pero Cassie ya había reaccionado: cerró los ojos y empezó a temblar.

–Está bien, está todo bien, no pasa nada. Voy a buscar a Marj.

Me puse de pie y comprobé de nuevo el cerrojo de la alambrada. Me sentía como si flotara en una extraña calma, como si fuera un espectador que mirase todo aquello, que les estaba sucediendo a unos desconocidos. Luego alcancé a oír, en el barullo interior de mi cabeza, la cacofonía de los perros a un lado y otro del pasillo. Ladraban todos a la vez, decibelios salvajes, y a mí me maravilló que durante unos instantes hubiéramos permanecido dentro de una terrible burbuja de silencio.

Para ir hasta la puerta de metal tenía que dar la espalda a Cassie. Ya lo había hecho, en realidad, pero sentía que de algún modo ella estaba dentro de mí, era parte de mí. En medio de aquella maraña de ladridos, olor a perro y calor, sentí dos cosas: la brisa que entraba del exterior con un leve aroma a heno y que ella y yo estábamos unidas por un hilo invisible que no era menos real que cualquier otra cosa. Gracias a ese hilo Cassie se pondría bien, todo iría bien, y ni siquiera estaría sola mientras yo me dirigía a la puerta para entrar en el edificio principal. Porque estábamos unidas por el cordón umbilical, y éramos inseparables.

Marj apareció en la puerta antes de llegar yo. Vio enseguida lo que había pasado. O vio lo suficiente, en cualquier caso. Sin

dejar de correr hacia Cassie se dirigió a Jo para pedirle que trajera el botiquín, echó a Cassie una manta por los hombros para aplacar el shock y la hizo levantar el brazo para detener la hemorragia. Y cuando tuvo la seguridad de que ya estaba en marcha la secuencia de acontecimientos lo único que me preguntó fue:

—¿Por qué la has dejado sola?

Como si todo aquel asunto, de principio a fin, hubiera sido la consecuencia de mi falta de atención.

Después de limpiar la herida Marj dijo que Cassie tenía que ir al hospital de Haverhill a que la vieran. Marj llamó a Bev por teléfono, pero saltaba el buzón de voz, así que llamó a mi madre y le explicó la situación. Mi madre dijo que sí, que nosotros llevaríamos a Cassie al hospital. Era lógico. En aquel momento nadie habló de si nos podríamos quedar en el refugio —a fin de cuentas, habíamos quebrantado las normas más importantes y, aunque no lo admitiéramos, Marj tenía que saber que no era la primera vez— pero sentíamos como una losa la desaprobación de los mayores, esa sensación de que te están ayudando y castigando al mismo tiempo.

Cuando regresamos al refugio habían sacrificado a *Leo*. Estaba muerto. Un perro, sobre todo un perro al que nadie quiere, no puede atacar a un chico e irse de rositas. Pero nosotras sabíamos —y Marj, sin decirlo claramente, se aseguró de que lo supiéramos— que *Leo* no había hecho nada malo: habíamos sido nosotras las que invadimos su espacio, le engatusamos con un mordedor de cuero y él, simplemente, había actuado como le dictaron muchos milenios de impronta genética, dentro de los parámetros de su naturaleza canina, impaciente y algo cruel. No debemos olvidar que lo que hizo Cassie —y lo que hice yo, porque en cierto modo fui su cómplice, igual que el que conduce el coche para que escape el ladrón que acaba de robar el banco— había sido provocar la muerte a *Leo*. Una muerte segura, como lo habría sido ahogarle con nuestras propias manos.

Pero eso fue después. Lo primero, apareció mi madre en la ranchera para llevarnos a Urgencias. Con expresión circunspecta, sintonizó la NPR en la radio a todo volumen para que durante el trayecto no surgiera conversación alguna. Fuimos hasta

Haverhill escuchando una conexión telefónica en la que hablaban de los patrones migratorios de los búhos, hasta que un oyente llamó para contar que había golpeado a uno con su coche cuando iba coronando una loma por una carretera secundaria, al ponerse el sol. Aquello fue la gota que colmó el vaso, así que mi madre apagó la radio y empezamos a oír el ruido del aire acondicionado. Yo iba sentada sobre mis propias manos, esa postura en que uno reflexiona sobre la culpa infantil, algo que obviamente Cassie no podía hacer en aquel momento.

En el hospital, la enfermera que quitó a Cassie el vendaje frunció el ceño cuando vio la herida. Cassie tenía unos brazos muy delicados, e incluso después de tanto tomar el sol su piel estaba muy blanca. La mano estaba hinchada, se había puesto morada y luego negra, con la sangre coagulada. Tenía arañazos profundos, rasguños más bien, a lo largo de todo el antebrazo. No podía mantener los dedos quietos y rectos. No podía doblarlos, o lo hacía con gran dificultad. La enfermera limpió las heridas con cuidado –aunque Marj ya lo había hecho, Cassie había seguido sangrando– y Cassie aulló con el picor del antiséptico. Pero fueron unos aullidos muy flojos: en general se mostró tranquila y sólo se miraba el brazo con los ojos azules muy abiertos, como si no formara parte de su cuerpo.

Fue entonces cuando conocimos a Anders, el doctor Shute. Porque entonces, para nosotras, era el doctor Shute. Estaba de guardia en Urgencias aquella tarde. Yo empecé a gastar bromas con él en el coche, cuando volvíamos a casa, para ver si conseguía hacer reír a Cassie.

–¿Tú crees que traerán al doctor Shute a las víctimas de los tiroteos? A él parece que le han tiroteado... O a lo mejor ha sido él el que ha disparado a alguien... ¡No dispare, doctor! O sí, ¡dispare, doctor! ¡Ah, si es el doctor Shute!¹

Era muy alto y muy delgado y tenía la piel tan, tan, pálida y los pómulos tan salientes que parecía una máscara mortuoria. Tenía los labios finos, la nariz fina, los dedos finos y los ojos un

1. Shute se pronuncia en inglés igual que *shoot*, que significa disparar un arma.

poco desviados, una bizquera que les daba, también, un aspecto afinado. Llevaba el pelo largo como una chica, largo hasta la barbilla. Y también lo tenía fino, de ese color parduzco como de agua sucia que parece grasiento aunque esté limpio. No se puede afirmar que el doctor Shute mostrara un trato exquisito a los pacientes de Urgencias, pero tampoco es que fuera horrible. Por eso, cuando cogió el brazo destrozado de Cassie para examinarlo bien, yo diría que su amabilidad sorprendió a mi amiga: Cassie lo miró con una expresión entre suplicante y maravillada y, por primera vez, habló:

—¿Se me va a arreglar la mano?

La sonrisa del médico fue leve y fina —inevitablemente—, pero hizo un esfuerzo especial por mostrar cierta calidez con aquellos ojos gélidos.

—Su mano, señorita, se va a arreglar del todo. Siempre que sea usted buena paciente, y no una paciente *im*-paciente... Im-pacientes llamamos aquí a los no pacientes... Esa mano se va a arreglar del todo.

Después pensé que todo aquello había sido un poco extraño: era como si aquel hombre quisiera hacer creer a Cassie que todo dependía de ella. Si hacía lo correcto, la mano se le curaría. Y eso, naturalmente, implicaba un hecho incuestionable: si ella hubiera hecho lo correcto antes, no estaría allí. Así era Anders Shute: siempre, a partir de aquel primer encuentro, se comportó como si la pelota estuviera en el tejado de Cassie. Si ella hacía lo correcto, todo iría bien. Y si no... pues eso.

Inyectó a Cassie un poco de anestesia local en la mano y puso unas grapas para sujetar los jirones de piel. Cubrió los surcos del brazo con algún ungüento especial y los tapó con vendas inmaculadas. Luego recetó a Cassie unos antibióticos de caballo en pastillas, para alejar cualquier posible infección. Ni más ni menos de lo que hubiera hecho cualquier médico.

Poco después, aquella misma tarde, Bev irrumpió en la sala de la televisión de nuestra casa con el estetoscopio aún colgado del cuello y la respiración ahogada: una visión con estampado de

flores azules que se debatía visiblemente entre la angustia y la ira. Aunque lo primero que hizo fue acercarse a Cassie y abrazarla, yo me di cuenta –Cassie, no– de que estrechaba a su hija con un aire turbulento... como esas nubes que cruzan el cielo a toda velocidad.

–¡Mi niña, mi niña! –murmuró, y luego–: ¿En qué estabas pensando? ¿En qué estabas pensando? Todo está bien, estamos aquí. Ya pasó todo, tranquila.

Mi madre estaba de pie en el umbral, mirándolas mientras se secaba las manos con un paño de cocina, y también me sorprendió su expresión. No era de indulgencia. Era como si hubiera dibujado un círculo de tiza imaginario alrededor de Bev y Cassie que indicaba que no formaban parte de nuestra casa aunque estuvieran de pie allí, en medio de la sala. Era una mirada que parecía decir: «Vosotras no sois como nosotras. No del todo».

Después de aquello no volvimos a ir a nadar donde los Saghafi, porque Cassie no podía mojarse el brazo. Y durante un par de semanas no supimos con seguridad si nos permitirían volver al refugio. Teníamos muchos días por delante, días muy largos que llenar en cuanto Bev nos dejaba a Cassie, antes de las nueve. Mi madre no quería tenernos todo el rato encima, porque no podría trabajar. Así que se inventó algunas tareas que podía encomendarnos, como quitar los hierbajos del jardín o colocar los libros de la sala de la televisión por orden alfabético de autor. Pero en realidad no le importaba gran cosa que lo hiciéramos o no: sabía que no podíamos hacer mucho, visto cómo tenía Cassie la mano derecha, que era la mano con la que escribía: fuera de servicio. Ni siquiera podíamos montar en bicicleta. Y tampoco podíamos jugar al tenis ni al baloncesto en el instituto porque todas ellas eran cosas para las que necesitábamos ambas manos.

–Desde luego, esto te enseña lo difícil que es vivir sólo con un brazo –dijo Cassie apartándose el pelo rubio blanco con el guante almidonado que llevaba en la mano.

–¿Conocemos a mucha gente que sólo tenga un brazo?

–El tío de Wendy –respondió, aludiendo a una niña de nuestra clase–. Lo perdió en Irak. Tú lo has visto. Trabaja en el Lowe de Haverhill.